

## Los pretextos de un loco bajito

### *Pretextos informales*

ÓSCAR DOMÍNGUEZ

Planeta, Alcaldía de Medellín, Bogotá, 2011, 355 págs.

CUANDO CAYÓ este libro en mis manos, ya llevaba tiempo yo pensando lo mismo: que Óscar Domínguez es un periodista que no tiene el reconocimiento que se merece. Forma parte de esa cofradía de reporteros y cronistas que hacen bien su trabajo, que son felices contando historias y jugando con el lenguaje, que se las han sufrido todas, que han pasado por todos los cargos, y que no tienen ningún interés en que los nombren directores de grandes medios o en salir en las portadas de las revistas. Domínguez (Montebello, Antioquia, 1945) es un tipo sencillo, de buen humor, se le nota en sus textos y lo dicen sus amigos; un tipo que, aunque ahora parece concentrado en escribir y nada más, es curtido en trabajos en la radio (Todelar, RCN y Súper) y en la televisión (Promec y los noticieros de Alberto Acosta), por no hablar de su paso como reportero por la prensa (*La República*, *El Espacio* y *Colprensa*).

Decía que ahora parece concentrado en escribir y nada más porque vine a saber de él hace unos años por las columnas que hace para *El Tiempo*, *El Colombiano* y otros diarios. Unas columnas deliciosas y muy leídas, y sin embargo –vuelvo– a su autor se le hace poco reconocimiento, me parece. Sospecho que, como a muchos, le debe gustar mantenerse en esa especie de anonimato: le permite escribir lo que le venga en gana, se burla de este país y su cultura sin que los ministros salgan a poner el grito en el cielo y el contenido de sus columnas se convierta en tema de debate en La W.

Entremos en materia. De un tiempo a acá, la colección Letras Vivas de Medellín viene homenajando a autores antioqueños (no reconocidos necesariamente por el público común de todo el país), reuniendo en libros un trabajo que si no, terminaría desperdigado o perdido. El volumen dedicado a Domínguez lleva por título *Pretextos informales*, y recoge entrevistas, perfiles, crónicas, diarios y textos sin género

escritos por el autor (lastimosamente, no hay información de cuándo fue escrita cada pieza ni de dónde fue publicada. Por cierto, al libro no le sobraría un prólogo).

El periodismo de Domínguez tiene un sello; tengo la sospecha de que uno podría identificar un texto suyo así no llevara firma. ¿En qué consiste ese sello? Es una mezcla de humor, inocencia, búsqueda de la palabra perfecta y musicalidad; una mezcla, en últimas, muy antioqueña, me parece. ¿Periodismo costumbrista? A lo mejor, aunque a algunos (a lo mejor al mismo Domínguez y a mí mismo) les pueda chocar este calificativo. Algo más, a veces sus cortos párrafos tienen algo de copla, de trova (¿me la fumé verde?). En el perfil-entrevista que hace del líder religioso Darío Silva se puede leer:

Darío Silva hizo el tránsito del turbayismo a la teología sin romperse ni mancharse. En ambos oficios ha sacado un cinco admirado.

Tiene la lengua más brava –y elocuente– del oeste. En la política, y ahora en la religión, es un completo encantador de serpientes.

Tal vez para la única prédica político-religiosa que le he escuchado se inspiró en Santiago 3.6 donde se lee que “la lengua es un fuego, un mundo de maldad”. (Gourmet-gourmand consumado, ama la lengua en plancha).

Siempre hay lleno a reventar para escuchar sus homilías en las misas dominicales. Es impecable en el andar y en el vestir. El que le confecciona los trajes le encima la prosa.

Y si aquello de la trova y la copla es dudable, lo que sí es indiscutible es el sentido del humor: no hay texto de Domínguez (así el tema sea el más serio de este mundo) que no tenga una chispa de gracia, algún apunte que haga reír al lector. Y eso no es fácil: el humor mal manejado se convierte en irrespeto por los hechos o el personaje de los que se habla, y en irrespeto también por el lector. A nadie le gusta leer una nota periodística que raya en el ridículo.

Pero Domínguez sabe lo que hace. Por ejemplo, cuando, en medio de una tensa clandestinidad, entrevista a Jaime Bateman, sí, deja ver que la cosa es complicada y que en cualquier momento se puede armar una bala-

cera, pero también anota: “Luego me dio la orden de partir: ‘Si quiere, lleve sancocho para el camino’, deferencia gastronómica que rechazé. El regreso ya no era en avión. Las finanzas no alcanzaban para tanto. Viajé, de noche, en bus entre Santa Marta y Bucaramanga, y de allí a Bogotá en avión”. O cuando narra sus aventuras volando en un avión que está siendo ametrallado desde tierra en Nicaragua, dice: “Seis lustros después del episodio, está claro que tuvimos una segunda oportunidad sobre la tierra. Algunos de los sobrevivientes alcanzamos a sentirnos héroes. Tal vez nos vimos condecorados... póstumamente, claro. Con un poco más de perspectiva ahora pienso que el héroe es el tipo que no huyó a tiempo. O que tuvo suerte, como en nuestro caso”.

Y cuando los temas son más amables, obviamente el humor sí que no falta. Eso sí, en la medida justa. Digamos que nunca llega a ser exagerado ni dulzón. Una perla: en un apartado del perfil que hace del cantante Daniel Santos se puede leer: “De ‘sus hilos de plata’, como el Inquieto Anacobero bautizó su cabello blanco en algunas de sus melodías, numerosas gotas de sudor hacían fila (en Colombia hay que hacer cola para todo) para correr por sus mejillas septuagenarias, en una demostración de que, como siempre, sudó sus honorarios”. Otra: cuando escribe sobre los tipos de hombre, habla del “retrosexual: un bicho raro en el espectro masculino moderno. No le preocupa comprar el último grito de la moda. Sus trapos son los mismos de siempre. No le preocupa su apariencia personal. No morirá de estrés por este motivo. Su dieta consiste en comer de todo. Es tan inofensivo que cree en la fidelidad. Si es infiel apenas se da cuenta”.

El periodismo de Domínguez no solo es particular –muy personal– por el lenguaje, el humor, cierta inocencia y la musicalidad, sino también por la exploración de formas narrativas alternas. Desde la academia, a los futuros periodistas les enseñan que un perfil debe ser así y asá, una entrevista no puede salirse de ciertos límites, una columna de opinión empieza de esta manera y acaba de esta otra, y así. Domínguez, viejo zorro, conoce de memoria estas reglas y normas, y por eso se atreve a saltarlas y transformarlas.

Escribe sobre Gonzalo Arango, el

desaparecido nadaísta, y en vez de usar las líneas de un clásico perfil o de una típica semblanza, le hace una supuesta entrevista (en la que queda clarísimo que Arango lleva un buen tiempo muerto, y si responde, solo lo puede hacer desde el más allá). “¿Fue un hombre feliz?”, le pregunta. A lo que el poeta contesta:

La felicidad me dejaba siempre solo. Con mi amigo-pupilo el Monje Loco pediría que la felicidad me la den en plata. Siempre que me sonaba la flauta con un nuevo amor sentía algo parecido a la felicidad. Al último amor –que siempre es el primero–, solía susurrarle en la nuca: “Te quiero tanto que cuando estoy contigo, te recuerdo”. O: “Estando los dos, estamos todos”. Son tan bellas las metáforas que parecen mías.

Y el perfil que hace del caricaturista y diseñador gráfico Vladimir Flórez (Vladdo) está narrado en primera persona no por Domínguez sino por Aleida, la famosa caricatura de una mujer que lleva años reflexionando sobre los hombres y las relaciones de pareja, y que es, por lo demás, una creación del mismo Vladdo. “Nació él y empecé a pelear también yo, Aleida, su ventrílocua –escribe la famosa mujer por medio de Domínguez (¿?)–. Fui creciendo a través de las lecturas de tiras cómicas que alquilaba en la Calle 21 de la Armenia de sus aurículas y ventrículos”. Más adelante añade: “Parece que me quedaré para vestir santos porque me puso peinado de mujer que no conoce el orgasmo. Debo admitir que tengo cara de hacer el amor con las ganas de mis peores amigas. Lo mismo le pasa a él, dicho sea sin ofender”. Un atrevimiento que le funciona: Domínguez –¿y Aleida?– sale airoso.

En una lógica semejante, un capítulo del libro está dedicado a cartas, ya sea enviadas por Domínguez a personajes inalcanzables, o por ellos al mismo Domínguez. En una de las misivas, el autor le responde a un amigo (¿imaginario?), con el humor de siempre, cuáles son sus libros favoritos; en otra, Eva le cuenta algunos secretos del paraíso; otra va dirigida al primer ministro japonés y se opone a la caza de los delfines; en una le habla de sus angustias a Jack Dorsey, creador de Twitter, y en otra se dirige al padre Gustavo Restrepo en

la eternidad: “... amar al prójimo. Qué fácil decirlo pero qué camello tan tenaz llevarlo a la práctica”.

Domínguez nos recuerda que hay otras formas de decir las cosas. Que no siempre tenemos que ser literales y que las estructuras clásicas de la columna de opinión o del artículo no son infalibles. De ahí lo que escribía yo al comienzo de esta reseña: es, digámoslo así, llamativo que un periodista que hace uso de tantas técnicas y herramientas, un periodista que maniobra tan bien en tantas aguas de la escritura, no tenga una popularidad mayor. ¿Será que aún relacionamos al humor con falta de seriedad? ¿Será que en un país donde nos tomamos todo tan grave y formalmente el humor es visto como algo menor? Sabrá Dios. Yo solo puedo decir que me encanta el niño que Óscar Domínguez deja asomar en cada uno de sus textos.

No, no lo llamemos niño. Llamémoslo uno más de los “locos bajitos”, como se titulan las historias que, fascinado con lo que dicen y hacen los pequeños, Domínguez escribe para *El Colombiano*. Precisamente, en el último capítulo de *Pretextos informales* hay una selección de estos textos. Y uno encuentra bellezas como estas: “Cuando aprendía a hablar, mi hijo Mauricio madrugaba a mirar por la ventana. Cuando veía que había amanecido, me decía: ‘Papá, ya no se hizo de noche’”. “Le conté a Aitana, que tiene nueve años, que en Brasil, por primera vez habrá mujer presidenta... Me respondió: ‘Con una presidenta es seguro que Brasil se va a llenar de centros comerciales’”. “Angustiada pregunta de un abuelo: ‘Veamos a ver si ustedes me ayudan a contestar la pregunta que me hizo ayer Jerónimo’: ‘¿Por qué los abuelos son los papás de los papás de uno?’”.

*Pretextos informales* es el mundo visto por un adulto que tiene ojos de niño, lo que no es poco.

**Andrés Arias**